

PARA UNA NUEVA DRAMATURGIA

MARCO ANTONIO DE LA PARRA
Dramaturgo

He aquí al dramaturgo. Parece ser una suerte de sujeto arcaico en medio del panorama del teatro actual, una especie de dinosaurio o, con suerte, de oso panda alimentado en cautiverio, sin reproducción posible e intentando conservar una especie de tic escritural que cree que todavía el teatro funciona con las palabras.

Primero fue la creación colectiva y su muy moderna descalificación del gesto individual, proclamando que la dramaturgia estaba al alcance de los niños, que cuatro ojos ven más que dos y que se puede ver el rostro de Dios en asambleas. Eran años duros y apasionados que cobrarían caro su precio. Al escritor de teatro se le declaró un sujeto embriagado de afanes individualistas, y por lo tanto pequeño burgueses, y se abrió la escritura al grupo. Los grupos, que eran sujetos individuales disfrazados con un montón de gente alrededor, dijeron innovar en la creación con algo que la creación siempre ha tenido: el aporte ajeno, el consejo, la discusión, el compartir un proceso que, inevitablemente, termina dándose en la mente de alguien designado por el azar, por una brecha psíquica o una herida mental, que posee el don extraño y tan difícil de definir de la escritura dramaturgica.

Bien lo sabe el novelista que intenta el teatro que no es lo mismo ni se asegura que por manejar



bien las palabras se maneje bien el don del espectáculo, del conflicto, la transición o esa emotividad tan peculiar que imanta al espectador y le deja semillas inolvidables al final de la obra. Bien lo sabe el guionista de cine que tampoco se trata de dialogar bien, que es muy distinto el manejo del espacio y la mirada y que el primer plano cambia mucho las cosas. Las limitaciones definen un género como los defectos acusan un estilo. Bien lo sabe el dramaturgo que nunca termina de saber qué está haciendo cuando lo está haciendo. Cuál es la magia que con gesto y palabra se conjura. De cómo el verdadero teatro escrito es capaz de crear imágenes en la mente del lector sin necesidad de acotaciones ni apuntes descriptivos. Alguien por ahí dice que el teatro empieza con el oscuro. Que basta una palabra y ya está sucediendo. Que está antes del ruido y del gesto. Que ya hay materia en el silencio (que también es palabra —o no palabra—).

La creación colectiva, democrática hasta la confusión, pretendió derrocar lo que era solamente un aporte más a un viejo oficio, al acto creativo que siempre va de lo individual a lo colectivo y si no, sencillamente no se da. Alguien debe atesorar el embrión creativo en su mente como se resguarda un óvulo fecundado hasta que alcance forma y peso que lo haga viable. Por otro lado el colectivo, por razones de funcionamiento mental del grupo,

siempre ve menos que el individuo. Lo domina el sentido común, el consenso (que nada bueno ha aportado al arte universal), las convenciones y la ideología. Por eso la creación colectiva funciona tan bien para representar la voz de un grupo, de una comunidad, de un sector. Por eso es tan poco hábil si pretende penetrar en secretos profundos del hombre. Tiene sus momentos en la historia. Esos momentos terminaron. El individuo vuelve por sus fueros. La preocupación ahora es de nuevo otra y se mira otra vez por el espíritu.

Pero después de la creación colectiva (que dejó muy desanimado al dramaturgo) vino el director de escena. Bestia negra del teatro contemporáneo, el director-autor, con su mente poblada de imágenes, legítimo heredero de una época saturada de medios visuales, sobreexpuesta a un continuo maremágnum de estimulaciones oculares, con la retina saltando y el tacto convocado a través de la simultaneidad y la vibración conjunta de

"La secreta obscenidad", Mario Marcel y Hugo Medrano. Foto: Miguel Sayago.



"La secreta obscenidad", José Soza y Julio Jung.

cuanto sensor haya en el cuerpo humano, se instaló sobre el escenario. Juguete nuevo, declaró que todo era representable, que el texto era un pretexto y que la única dramaturgia posible era la de la escena. Que la guía de teléfonos podía ser un texto posible, que la palabra quedaba puesta en tela de juicio y que lo fundamental era el shock visual, el manejo de la música y el espacio, que la especie humana se vino abajo cuando empezó a hablar.

A partir de ese momento nunca más un texto llegará íntegro a escena siendo vapuleado por lo más diversos integrantes del elenco. Por esta frase puedo ser acusado de reaccionario o amante del texto fijo y la palabra al pie de la letra. Algo hay de cierto. Mucho de falso. De los directores de escena he aprendido mucho para escribir teatro, más que de los manuales de técnica dramática hostiles a la creación y aptos solamente para rellenar un programa de pre-grado.



La situación actual del arte del dramaturgo es frágil, precaria, curiosa. Por otra parte, se le busca con denuedo. La escena hiperinsuflada de visiones comienza a mostrar su desgaste. El público ya ha sido suficientemente sorprendido. Los anhelos de sentido, la fantasía de un final, la necesidad de revalorizar la palabra como relicario del alma, como magia, idea y conjuro, comienzan a exigir una nueva dramaturgia.

El enemigo final, el mercado y la necesidad de reconocimiento fácil e inmediato, azotan como siempre la aparición de algo realmente nuevo. Pero los signos crujen bajo el piso a pesar de las defensas ideológicas de la creación colectiva, las estéticas del director de escena y las comerciales del productor y su pandilla.

Una nueva dramaturgia estira sus alas.

Ensayo un nuevo manejo del lenguaje que rompa con la mera coloquialidad o con el fraseo ingenioso que traicionó a la poesía por el chiste. Un manejo del lenguaje que convierta las palabras en joyas que el trabajo escénico ilumine y a su vez deslumbré a su portador de siempre, el actor, ese gran manipulado por los tiempos y las modas. Ya no se puede hablar como antes sobre un escenario. No hay lugar donde pesen más las palabras. Tal vez un altar. Tal vez, ya ni siquiera.

Ensayo una nueva trayectoria del personaje que redima toda su convencionalidad y su caracterización manida.

Intenta el argumento como otro recurso más, divirtiéndose, jugando con el tiempo, el espacio, la fantasía y la realidad, creando tramas de profundo significado que ni el cine ni el video consiguen emular.

Consigue un contacto con la historia profunda y personal como con su sociedad que pocas artes logran. Atrae más que nunca las demandas de trascendencia, asume ser arte minoritario, de búsqueda más que de denuncia, habla a poca gente, a los que puedan escuchar, trae desde el vacío una voz secreta oída en estado de trance, un mensaje del otro lado del país de los viejos dioses.

Su escritura recoge las antiguas tradiciones

tal como inventa otras nuevas. Habla al grupo y lo hace depositario de un secreto que el grupo podrá interpretar. Habla al director de escena abriendo una nueva complicidad de proyecciones insospechadas.

Transforma a su autor, al nuevo dramaturgo, al del fin de siglo, al del milenio, en un sujeto errante, un ermitaño que agita su lámpara en medio de la niebla esperando ser descifrado por esos nuevos y maravillosos equipos de creadores que el teatro contemporáneo aporta.

Su voz puede escucharse si nos quedamos en silencio.

Escribe teatro tal vez sin ni saberlo. Mezcla poesía—lo dijimos—, ensayo, novela. Se deja influir por el cine, la historieta, el ritmo de la vida cotidiana, la música de las esferas celestiales.

Es un teatro más libre que nunca, pero también más responsable que nunca. Está creando un nuevo punto de vista. Un director con talento sabrá capturarlo entre el balbuceo de los jóvenes. Estará verde aún, cuidado con podarlo. Es urgente animar a eso a muchachos y muchachas. Que escriban con los ojos cerrados, que entiendan que el teatro es delirio, legitimar en ellos la locura, aconsejarlos que no sean tan exitosos y menos precavidos y por supuesto nada de académicos.

Los directores de escena, con la mente más abierta y la conciencia más limpia, sabrán decodificar los signos de los tiempos. Los actores más inspirados se dejarán penetrar por estas pesadillas de la época.

Poca gente, poco a poco, irá recuperando la religiosidad del gesto, el poder de la palabra.

Una sola palabra buscan. Una sola que contenga en sí un millón de imágenes. Una palabra muy bien dicha, de la manera justa y en el momento preciso.

Tal vez aquélla a que alude el ritual de la misa católica. "Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme". Esa palabra, la que todo el teatro de todos los tiempos ha buscado. La última palabra posible. La última.